

contrar en los mostradores de los abaceros, en las barras de los bares periféricos. Y, al mismo tiempo, terminó con la idea del poeta como sacerdote o brujo, intercesor entre la Divinidad y los hombres. Arrojó de sus hombros la capa pluvial del sacerdote, y también supo desembarazarse de sus falsas plumas de chamán. No fue, como los surrealistas, domador de demonios, ni tampoco domador de berzas, populista sin gracia al estilo épico-social, aunque su forma de escribir fuese popular y su sentido de la vida y de la justicia estuviese siempre del lado del pueblo.

Hablo en pasado del poeta que fue Parra, aunque no se haya muerto. Ni tampoco ha dejado de escribir. Pero ha cambiado, ha cambiado de una forma sutil, como nos demuestran sus dos últimos libros publicados —en Chile, por cierto, lo que ya es un dato—. "Sermones y prédicas del Cristo de Elqui" y "Nuevos sermones y prédicas del Cristo de Elqui" (1). Nada ha cambiado en la forma que Parra da a su poesía: sigue, fresco y vivo, el estilo coloquial y no-retórico; un estilo vivo y gracioso, que rompía con lo que de losa estilística tenía la obra de Neruda para los escritores chilenos, losa y dogma del que resultaba difícil escapar. En esta su nueva faceta de poeta del nuevo y siniestro Chile, Parra se refugia en un personaje que inventa/recuerda: Domingo Zárate, el Cristo de Elqui. Y con su mesiánico disfraz, se pone también las barbas apollilladas de un anarquista de derechas —horrendo monstruo inventado por la canalla en el poder para designar a aquellos que le hacen el juego, pero que conservan costumbres, vestimentas y decires de extravagantes ciudadanos—, y enarbola una bondad, un buen sentido y una ternura que nos hacen pensar en un Gabriel Celaya que se hubiera pasado a UCD. Nicanor Parra se adapta a la difícil circunstancia de su país de una manera camaleónica, y no asume la tragedia de sus contradicciones en su trabajo, sino que la niega: es un poeta, vuelve a tomar la llama de lo sagrado, y a defender —con sutileza, es cierto, y buen decir—

(1) Ediciones Ganimedes. Valparaíso, Chile.

el orden establecido —el único orden posible es el establecido, sea éste de donde sea, y responda a las características políticas que sean— y el horror vigente. Muere, pues, el antipoeta; muere el cantor popular, algo nihilista y duro en su decir; queda un fantasma, una sombra de una escritura antiguamente viva, hoy reducida a forma envenenada y fría. ■ EDUARDO HARO IBARS.

La realidad, amenazada

Adolfo Bioy Casares no sólo es el compañero de Borges en el pseudónimo común de "H. Bustos Domecq". Es algo más. Es un



extraordinario fabulador empeñado en un universo literario poblado de preocupaciones filosóficas y regido por un tiempo que difiere del de nuestra vida cotidiana. Es el creador de personajes cuyas coordenadas son la soledad y la incomunicación. Es —sobre todo— el hacedor de mundos imaginarios dominados por lo lúdico, donde se nos muestra que la realidad puede hacerse turbadora, difícilmente explicable, fantástica o absurda. Bioy Casares, continuamente, nos enseña la irrealidad del mundo y, en ello, la nuestra propia. Repitiendo algo que sobre este escritor argentino dijo Octavio Paz, Bioy Casares corre tras de som-

bras, pero nosotros también somos sombras.

El héroe de las mujeres (1) es su última entrega literaria. Reúne ocho relatos aparecidos desde 1967 hasta la fecha. En ellos se da esa condición de lo fantástico que caracteriza su obra. Cualquier situación es válida para que Bioy Casares nos proponga ese acceso a la "otra realidad" que se esconde, se disfraza y nos acecha en los intersticios de nuestra vida diaria. Y ese salto fantástico —consustancial con sus historias— surge casi inopinadamente al tiempo que la narración —como tal— va cobrando forma, va delimitando sus elementos constructores. Las anécdotas sobre las que Bioy Casares desarrolla sus relatos son simples, de un desarrollo casi transparente y, sin embargo, de todos ellos emana una sensación desconcertante, estremecedora, que preocupa. Quiero decir con ello que la dimensión fantástica que define la escritura de Bioy Casares no está emparentada con algo ajeno a lo posible. Se trata, en definitiva, de una nueva visión de la realidad que se inserta en nuestro mundo para ofrecernoslo transformado, desde una otra óptica plena de sugerencias e implicaciones antes no percibidas. Es el descubrimiento de que la realidad aceptada comúnmente no resulta ser siempre la verdadera versión de la realidad. Y en este descubrimiento se pone en entredicho la condición humana. Se asiste a la inestabilidad y desmoronamiento de sus seguridades.

Quizá por eso todos los protagonistas de los relatos de El héroe de las mujeres viven bajo el signo de la amenaza. Una amenaza que surge a veces por razones evidentes, otras de forma inexplicable, pero capaz de trastornar sus comportamientos o incluso hacer peligrar la vida propia. Esa amenaza —y aquí habría que recordar lo que ya se ha dicho de que lo fantástico en Bioy Casares proviene del mundo físico o matemático, no de lo terrorífico o fantasmagórico— no es más que una traslación. La traslación al terreno literario —sin concretarlos ni definirlos— de esos peligros que, en el orden de la existencia y desde diversos

(1) El héroe de las mujeres. Adolfo Bioy Casares. Ediciones Alfaguara. Madrid, 1979.

frentes, asedian al hombre actual.

Sin embargo, y sin merma de ese dominio de lo fantástico, en esta ocasión Bioy Casares parece prestar mayor atención a lo verosímil. De ahí su preocupación por enmarcar el espacio de sus personajes, sus descripciones detalladas de los ambientes, de los medios rurales y provincianos. "Nos decimos —escribe en uno de los cuentos del libro—, para volcarnos con impaciencia en una región, en un pago, en un entrañable partido del Sur de Buenos Aires". Será ahí, en ese escenario constatable —tan argentino—, donde algo vendrá a perturbar a los personajes para adentrarlos por el camino de lo insospechado, de lo misterioso y trastocador.

Dos cosas más cerca de este libro. Una es la elevación hasta lo literario del habla convencional. Bioy Casares ha sabido presentar, con categoría de novedad, frases hechas y tópicos manidos, y ello ha incidido en hacer más verosímil ese escenario, esas situaciones nada extraordinarias por las que, al cabo, inesperadamente se cuele lo insólito. Por otra parte, abundan las frases más bien diferenciadoras que ambiguas: "Ustedes son mejores, cuando no son peores", "usted sigue pisando donde piso", "el héroe de las mujeres no siempre es el héroe de las mujeres"... O, lo que es lo mismo: la realidad no es lo que parece. Y, finalmente, hay que destacar también el hábil manejo de la ironía. Una ironía sutil, que establece guiños de complicidad y desde la que Bioy Casares, pese al "happy end" con que concluye muchos de sus relatos, se ríe de nuestra seguridad tan resquebrajable, de nuestra falsa realidad, amenazada sin sosiego por lo absurdo. ■ SABAS MARTIN.

COMICS

Slot-Barr, contra el imperialismo interplanetario

Desde hace varios años, los "comics" argentinos languidecen medio asfixiados por una censura rigurosa y unas editoriales timoratas. Exiliados en Eu-